

Vigésimo Segundo Domingo del TO A2023

La experiencia humana nos ha enseñado que ningún éxito en la vida se obtiene a bajo costo. Ninguna empresa duradera puede ser próspera sin esfuerzo, trabajo duro, sacrificio y dolor. Esto es lo que nos enseña la filosofía del sentido común. Sin duda, la vida es bella y divertida; está compuesta de alegrías y de hermosas rosas; pero cada rosal tiene también sus espinas. Esto es lo que la sabiduría popular expresa con palabras como: "Sin dolor no hay ganancia".

El profeta Jeremías, muchos años antes que nuestro Señor, experimentó la paradoja de la vida humana con su mezcla de alegrías y dolores. Cuando Dios lo llamó, respondió con entusiasmo y emoción. Pero no pasó mucho tiempo para que todo eso se convirtiera en una pesadilla para él. Tuvo que enfrentar una persecución constante y una oposición continua. A causa de Dios, se había convertido en objeto de risa y su mensaje en ocasión de violencia e indignación.

Aunque la filosofía del sentido común, que sostiene que la vida es una mezcla de alegrías y dolores, es bien conocida, a mucha gente le resulta naturalmente difícil aceptar la realidad del sufrimiento. Además, existe en cada uno de nosotros una aversión al dolor y al sacrificio. Si nos dieran a elegir entre una vida con dolor y sufrimiento y una vida sin dolor y sufrimiento, creo que todos elegiríamos aquella sin dolor ni sufrimiento.

Como hemos oído decir muchas veces cuando la gente se enfrenta a una enfermedad terminal: "Sé que voy a morir, pero no tengo prisa", o "Sé que cuando vaya a morir, iré a cielo, pero no quiero ir ahora mismo". Estas palabras son una expresión de una verdad, es decir, que en cada uno de nosotros existe un miedo real a afrontar el sufrimiento y el dolor. Existe una inclinación natural a evitar el dolor y el sufrimiento. De hecho, a nadie le gustaría enfrentarse a la cruz, porque es dolorosa e insoportable.

Esto nos ayuda a entender por qué Pedro reaccionó negativamente al anuncio de nuestro Señor de su pasión y muerte. Para nuestro Señor, era el plan de Dios que tuviera que terminar su vida en Jerusalén, porque el destino de cualquier profeta estaba ligado a la ciudad santa y al templo. Pedro y los demás apóstoles no estaban de acuerdo con nuestro Señor, porque su concepción del Mesías era diferente a la suya. Para ellos, el Mesías debía vivir eternamente, conquistar victorias y triunfar sobre sus enemigos.

En este contexto, lo mejor que podía hacer Pedro era impedir que nuestro Señor fuera a Jerusalén. Lo que Pedro estaba haciendo, en verdad, era tratar de desviar a nuestro Señor del camino de la cruz, que era el cumplimiento del plan del Padre. Por eso Jesús lo llamó Satanás.

No quiere decir que en aquella época Pedro tuviera cuernos y cola como a veces representamos al Diablo. El problema aquí es la forma de ser y comportarse que está en total oposición a los caminos de Dios. Satanás puede adoptar muchas formas y desempeñar diferentes funciones. Satanás puede ser una persona que busca desanimarnos para que dejemos de creer en Dios y sigamos sus mandamientos. Satanás puede ser una mala influencia que intenta desviarnos del camino correcto para que hagamos lo contrario a la voluntad de Dios. Satanás puede ser un impulso interno que nos empuja a generar malestar y conflictos a nuestro alrededor. Satanás puede ser cualquier

poder que nos empuje a hacer que nuestros deseos o emociones humanas sean más importantes que nuestras obligaciones hacia Dios.

El altercado entre nuestro Señor y Pedro es realmente dramático, porque la tentación que sugiere proviene de alguien que lo ama sinceramente y quiso preservarlo del sufrimiento y de la muerte. Este altercado nos enseña que la tentación más difícil no siempre viene del exterior, sino del círculo íntimo de amigos cercanos y familiares. Estas personas pueden influirnos para bien o para mal.

Al reprender a Pedro, nuestro Señor quiere decirnos que la realidad de la cruz es ineludible. Es imposible vivir sin la cruz. Su propia vida está unida a la cruz para la salvación del mundo. La cruz es parte de nuestra vida. Ignorar esta realidad es vivir en pura ilusión, como quien anhela vivir en un castillo de marfil.

Cualquiera que sea la forma en que la cruz nos llega, siempre es una carga. Podría ser una relación rota con la familia, los hijos o el cónyuge; un matrimonio difícil; un problema financiero; una enfermedad que se ha convertido en parte de nuestra vida, o alguna otra dificultad de la que no podemos deshacernos, etc.

Para nuestro Señor, sólo cuando aceptamos enfrentar la cruz como parte de nuestra vida podemos encontrar el camino para ser libres. Si intentamos huir, no solucionamos el problema, porque la cruz está en todas partes. Si aceptamos la cruz, conformaremos nuestra vida con la suya. Por lo tanto, así como él pasó por la cruz antes de resucitar de entre los muertos, también nosotros creamos la posibilidad de nuestra resurrección mediante la aceptación de nuestra cruz.

Por eso nuestro Señor insiste en que quien quiera ser su discípulo debe negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguirlo. Tomar la cruz significa aceptar la carga del sacrificio que viene con ella por el bien de nuestra salvación.

La cruz tiene un poder liberador porque nos conduce a la resurrección como lo hizo con el mismo Señor. Aquellos que huyen de la cruz y se aferran a sus vidas ahora corren el peligro de perderlas. Sólo cuando arriesgamos nuestras vidas por amor a Cristo podremos recuperarlas. Nuestra salvación está en nuestra fidelidad, pero es una fidelidad que incluye la cruz. Tenemos que aceptar sacrificarnos por el reino de Dios y por nuestra salvación eterna. Entonces, como dice nuevamente nuestro Señor, de nada nos sirve ganar el mundo entero perdiendo nuestra propia vida, que en última instancia incluye la vida eterna. Seremos recompensados en la medida en que hayamos sido fieles a nuestra cruz.

Oremos para que nuestro Señor nos dé el valor de llevar nuestra cruz sin ser aplastados por su carga. Pidámosle la gracia de seguirlo negándonos a nosotros mismos hasta el día en que nos reunamos con él en el cielo. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Jeremías 20: 19-23; Romanos 12: 1-2; Mateo 16: 21-27



Fecha de la Homilía: el 03 de Septiembre, 2023

© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230903homilia.pdf